

El inicio de la vida espiritual

*Arzobispo Pablo Yazigy**

«He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.»¹

El cristianismo no es un tema individual o un diálogo de uno consigo mismo; la vida cristiana propone, antes que nada, que Dios es quien tiene la iniciativa hacia nosotros, y nosotros tenemos la libertad para aceptar su Presencia o ignorarla: la vida espiritual es un don divino que aceptamos o rechazamos. Esta iniciativa, que es la divina revelación, no es nada más una cadena de sucesos

* Arzobispo de Alepo, en Siria, consagrado en noviembre de 2000. Ha sido el rector del instituto de estudios teológicos de san Juan Damasceno y el abad del monasterio Nuestra Señora de Balamand durante los años 1994-2001. Recibió la maestría en Teología en la universidad de Tesalónica 1989, y en la misma el doctorado en el departamento de Pastoral 1992, exponiendo su tesis sobre la escatología y ética según san Juan Crisóstomo: ΕΣΧΑΤΟΛΟΓΙΑ ΚΑΙ ΕΘΙΚΗ, Η εσχατολογική θεμελίωση της εν Χριστώ ζωής κατα τον άγιο Ιζάννη τον Χρυσόστομο, publicada en griego el año 1992. Ha editado varios libros en árabe, traducción y composición. Sus artículos presentes en este libro son traducidos de su libro السائحان بين الأرض والسماء «Los dos peregrinos entre el cielo y la tierra», publicado el año 2006 por la editorial de la arquidiócesis de Bosra y Horán.

exteriores acontecidos durante la historia de la Salvación, sino que es también un movimiento interior entre Dios y cada alma humana.

Así Dios «sale» a nuestro encuentro como en la *parábola del sembrador* y siembra en nosotros la semilla de la vida espiritual; y esto provoca que salgamos nosotros también de nuestro ensimismamiento y correspondamos al divino llamado. Está a la puerta y llama: ¿quién abrirá? Éste es el papel concreto del hombre: abrirse a la divina generosidad espiritual; entonces se realizarán en su interior experiencias de encuentro personal entre Dios y él. Dios no se esconde, más bien, se revela a sí mismo a todos, pero nosotros nos apartamos de Él, dice san Simeón el Teólogo. El llamado de Dios a nosotros es «dócil», (está a la puerta, afuera, y llama esperando a alguien que escuche). De la misma manera hablaba en parábolas, permitiendo así a los que no desean entender, ignorarlo. Y decía: «El que tenga oídos, que oiga», es decir, el que quiera prestar oído, que escuche.

Entonces, la profundidad de la vida espiritual cristiana depende prácticamente de la admisión y la preparación del hombre. Dios «hace llover sobre justos e injustos»², pero cada uno recibe según su deseo y voluntad. San Isaac el Sirio exclama: «¡Aquieta las olas de tu Gracia sobre mí!» Pues cuando este asceta abrió las puertas de su corazón de par en par, no soportó la abundancia de la divina Gracia y Providencia. Dios desearía derramar las

olas de su Gracia en abundancia si los hombres lo admitiesen.

Pero la libertad del hombre siempre oscila entre la Gracia de Dios y la seducción del diablo y del mundo. Por eso los cristianos exclamaban en su reunión litúrgica: «Vaya el mundo y venga la Gracia.» El hombre abre su vida a la divina Gracia cuando se aparta de las seducciones del diablo y del engaño del mundo, y eleva sus anhelos hacia el verdadero y divino amor. Este retorno de un lado al otro no es fácil, porque los anhelos del hombre y sus necesidades son parte del mundo, y estos mismos, a menudo, son corrompidos por la calumnia de Satanás y el embuste del mundo caído que lo rodea. «Cortar las pasiones es más difícil que cortar los miembros», dice la literatura monástica. Las pasiones tienen un dominio sobre la voluntad difícil de desarraigar si no es con la *espada* de la fe sustituyendo un anhelo con otro. De esta manera, por ejemplo, el monje abandona el mundo (lo mundano) no para acceder a una vida de privaciones, sino para ejercer virtudes. Es cuestión de escoger y de conocer qué es lo que queremos que prevalezca en nuestra vida. Cuando el hijo pródigo regresó a la casa del padre, no padecía privaciones de las delicias del mundo y de sus «algarrobos». Al contrario, él estaba contento por haber comprendido que la casa de su padre es mejor que el pastoreo de los cerdos. Dijo en su interior: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! [...] Me levantaré e iré a mi padre.»³

Cuando la libertad humana escoge la divina voluntad, transforma al hombre de «llamado» en «elegido», como dice san Cirilo.

Este movimiento o retorno –al apartarse de la seducción del mundo y elevar el corazón para que oiga al Señor que está en la puerta y llama– aparentemente tiene algo de tristeza, pero en lo profundo, contiene abundancia de consuelo interior; porque el divino llamado corresponde a la verdadera sed humana, al contrario de la falsedad de los deseos mundanos.

El «ascetismo» es el arte de este movimiento, que despierta al hombre y pone su libertad, a cada momento, en estado de alerta; así que el hombre se apega a todo lo puro y *toma* el mundo con la castidad del Espíritu. Ascetismo no es un vocablo duro y extraño que pertenece a los monjes –aunque los monjes se dedican a él completamente y se vuelven ejemplo a seguir–; el ascetismo consiste en «purificar» los deseos. Oración, ayunos y vigiliasson la meta: la meta es la purificación del corazón, porque los puros de corazón «verán a Dios».⁴ Y este arte tiene varias formas conforme a la naturaleza y al entorno de la vida de cada persona. La purificación del corazón no es sino salir hacia Dios en lugar de encerrarse en el ego para satisfacerlo. La purificación, en una palabra, es el «amor», y nos instruyen en él la oración, los ayunos y las vigiliass.

El ascetismo, entonces, es el movimiento que procura poner los anhelos humanos en el *marco*

que merecen: poner la libertad humana en la providencia de la divina Voluntad. Este movimiento (apartarse de las seducciones y levantar el corazón hacia Dios) no tiene éxito a cada momento, y en especial en el caso de los principiantes. Por lo que, el pecado principal en el cristianismo es la pereza, esto es, detener nuestra ascensión. «Ascended, hermanos, ascended», con esta exhortación san Juan Clímaco concluye su libro *La Escala*.

La vida espiritual siempre empieza en Dios, pero inicia en nosotros cuando adoptamos una vida ascética adecuada que afirma nuestra atención, a cada momento, en el divino llamado. La oración, el ayuno y la vigilia son, solamente, prácticas y ejercicios necesarios que nos atraen del «país lejano» hacia la casa paterna. No hay inicio de vida espiritual sin estas virtudes; no hay encuentro con Dios para el perezoso: «¡Da sangre y recibe Espíritu!» El ascetismo es un estado de alerta que nos prepara para decir: «Habla, Señor, que tu siervo escucha.»⁵ Amén.

¹ Ap 3: 20

² Mt 5: 45

³ Lc 15: 17-20

⁴ Mt 5: 8

⁵ 1Sm 3: 9